

rizar el Porfiriato y el nuevo sistema político que surgió de la revolución, tampoco creo que demuestre, a pesar de sus novedosas aportaciones, la importancia estratégica que atribuye a las preferencias de los mexicanos por el consumo de carne fresca de animales recién sacrificados, en los acontecimientos que acabaron llevando a la crisis de la Mexican National Packing Co. Sobre la primera cuestión, habría sido más pertinente tomar como referencia otras líneas de actividad de mayor influencia en el conjunto de la realidad social mexicana, o relacionar de forma más directa los razonamientos del autor con otras investigaciones más generales. Con respecto a la segunda, el mismo autor propone numerosas observaciones y razonamientos, que si bien justifican la necesidad de considerar la in-

fluencia en la evolución del sector cárnico mexicano de las preferencias de los consumidores por aquel tipo de carne, no permiten concluir, como se pretende desde la introducción, que ésta fuese la variable determinante en la crisis de aquella empresa extranjera. En cualquier caso, introducir en los debates sobre la evolución de la dieta el problema de las preferencias sociales heredadas en el consumo de las distintas clases de alimentos es una aportación del estudio de Pilcher que debe ser tomada en consideración, especialmente en futuras investigaciones sobre las circunstancias que han condicionado y condicionan las dietas de la población y su evolución.

Josep Pujol Andreu

Universitat Autònoma de Barcelona

Jordi Planas i Maresma

Els propietaris i l'associacionisme agrari a Catalunya (1890-1936)

Girona, Associació d'Història Rural de les Comarques Gironines-Centre de Recerca d'Història Rural-Documenta Universitaria, 2006, 326 p.

El papel de las asociaciones de propietarios catalanes durante la segunda época restauracionista y los años republicanos constituye el nudo temático del texto de Jordi Planas que comentamos. Un texto, podemos adelantar al lector, bien escrito, muy ajustado al tema de investigación, prolijo en algunas cuestiones de detalle, pero sin caer en excesos en la provisión de datos. Preocupado por dilucidar la importancia de los propietarios agrarios en Cataluña da cuenta de una de las organizaciones más representativas de

ese grupo social durante más de cuatro décadas. Familiarizados con el estudio del campesinado, de los trabajadores agrícolas, o de otros sectores de las clases agrarias, los historiadores hemos podido olvidar el estudio del comportamiento de los grandes propietarios. Este texto está precisamente dedicado a éstos mediante el análisis detallado de su organización más emblemática, el Instituto Agrario Catalán de San Isidro, IACSI.

Si jugosas son las apreciaciones sobre dicho Instituto en la coyuntura de su fun-

dación en 1851, tanto o más resultan las verdades sobre su historia desde la crisis agraria finisecular hasta los años treinta, pasando por el trienio bolchevique, los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera y el desarrollo de la legislación social progresista de los años treinta. Las decisiones adoptadas por las sucesivas Juntas directivas del IACSI en el contexto de la internacionalización progresiva del mercado, los inicios de la sociedad de masas, enfrentadas al creciente reto de la participación política y a la disputa de la opinión pública en formación en el ámbito rural, e inmersas las diversas clases agrarias en una crisis severa que produjo consecuencias estructurales, entre ellas la diversificación aguda de la sociedad rural y la aparición de asociaciones campesinas de ideología y práctica de clase, dan un atractivo enorme a las respuestas ofrecidas por los grandes propietarios catalanes.

El reto principal fue ponerse a la cabeza de la avanzada técnica en la agricultura y elaborar una formulación ideológica interclasista que los postulara como los representantes genuinos de todos los intereses agrarios, una actitud sostenida igualmente por el movimiento social católico agrario al poco de iniciarse el veinte y por grupos de propietarios agrarios europeos ante la pérdida de protagonismo social en sus respectivos países a partir de la crisis finisecular. Ante la diversificación del mundo asociativo agrario, pretendió el IACSI presentarse como su adalid, el eje en torno al que se vertebraría la modernización agrícola y la representación del pequeño campesino haciendo profesión de interclasismo.

A su vez, la intervención del Estado se dirigió hacia la regularización del asociacionismo y el impulso renovador de la agricultura. En este nuevo esquema, el cooperativismo, con la preeminencia obvia de su función económica, jugaría un papel primordial sobre el que convergieron los factores nuevos.

Las consecuencias sociales de la crisis agraria se mezclaron con la crítica al centralismo gubernamental y con el auge del catalanismo, de manera que las clases conservadoras del campo vieron el cauce propicio de defensa de sus intereses en la Lliga Regionalista, pudiendo hablarse de un «regionalismo agrícola», interclasista e identitario, que resumió ya en 1887 el director de la revista del Instituto, Rafael Roig i Torres, «merced a la influencia que puede ejercer el regionalismo...se podrán reparar los desastrosos efectos de las leyes arancelarias y cambiar el régimen administrativo cuyas fatales consecuencias para la propiedad hemos indicado» (p. 30).

La referencia al regionalismo y la defensa del interclasismo y el paternalismo fueron sin rubor dirigidos a la defensa de la propiedad privada, de la que se ensalzaba la función social que debía cumplir. Fueron momentos en los que las clases agrarias conformaron sus propias organizaciones, chocaron entre ellas y dieron lugar a actos de confrontación abierta, incluso violenta, de manera que los trabajadores agrícolas fueron considerados desde finales del XIX como elementos peligrosos a los que había que combatir. La ideología paternalista y el discurso de integración de las clases agrarias hay que entenderlo, pues, en este con-

texto de agudización de la lucha de clases. Los grandes propietarios, además, tendieron a aparecer como los interlocutores necesarios, únicos, ante el poder del Estado, posible elemento de enganche precisamente de sectores de propietarios modestos. La incapacidad del campesinado catalán para mantener en el cambio de siglo una estructura organizativa autónoma y efectiva facilitó hasta los años treinta esa integración de propietarios y campesinos en sindicatos mixtos, liderados por los primeros, tras el desarrollo de la Ley de Sindicatos Agrarios de 1906. Una ley que para los propietarios fue vital para implantar su modelo de intervención en el mundo agrario, jugando un papel similar a la Ley de Asociaciones de 1887, que amparó el nacimiento de organizaciones campesinas de carácter reivindicativo.

El discurso interclasista enraizó gracias también a la crisis aguda que se vivió a fines de siglo, en la cual la defensa de los intereses de todos los campesinos podía ser inducida con éxito ante las dificultades generalizadas vividas por el campesinado. No fue menor la importancia que a ojos de los campesinos tenía la posibilidad de acceder a determinados servicios cooperativos, por lo general la compra en común de elementos químicos y técnicos que ofrecían los sindicatos agrícolas. Tan importante fue esta actividad socioeconómica que iniciativas organizativas, como las Cámaras agrarias, nada efectivas en esa prestación, quedaron en la práctica condenadas al fracaso. Por el contrario el modelo cooperativo interclasista impulsado por los grandes propietarios funcionó bien, de modo que ga-

rantizó su hegemonía hasta la II República sobre asociaciones campesinas tan importantes como la *Unió de Rabassaires*. Llegados a este punto resulta pertinente evidenciar que, de hecho, nada de lo que acontecía en el asociacionismo agrario en Cataluña tenía una especificidad incomparable. Planas abunda en algunos momentos de su investigación en referencias al panorama asociativo agrario europeo o español, mostrando que, aun habiendo diferencias, el papel del gran propietario en la defensa de un asociacionismo interclasista fue una cuestión generalizada en países como Italia o Francia.

La actividad organizativa y la actuación del IACSI ante la crisis finisecular, su reorganización precisamente en esas fechas, la movilización ante el gobierno en defensa de los «intereses agrarios» exigiendo protección arancelaria, su vinculación con la recién formada Liga Agraria y la formación de la *Unió Agrícola de Catalunya*, que aglutinaba a todas las asociaciones agrícolas del Principado, convertida por Real Decreto en la Cámara Agrícola de Catalunya, son algunos de los hitos del Instituto hasta los inicios del siglo XX que reciben tratamiento en el texto y que muestran el protagonismo alcanzado en el control indirecto de las asociaciones agrarias. El instrumento para alcanzarlo fue la creación de la Federació Agrícola Catalano-Balear en 1899, principal referente durante las dos primeras décadas de siglo del asociacionismo agrario catalán y aglutinante de un amplio espectro de entidades agrícolas de ámbito local y comarcal. Su punto álgido organizativo se sitúa hacia 1910,

momento de impulso generalizado del asociacionismo agrario que llegó a constituir la Unión Agraria Española a partir de otras Federaciones, y de las Federaciones Social Católico Agrarias, que confluían en la formación de la CNCA en 1917. El modelo de sindicalismo agrario basado en la asociación mixta, con el banderín de enganche de la oferta de servicios cooperativos y crediticios fue pues consustancial a la actividad del IACSI y de la FABC, antes incluso de la ley de 1906, vistos los éxitos que dicho modelo venía cosechando en Francia, entre otros, y no es el menor, evitar el asentamiento de los sindicatos campesinos de clase.

La caracterización social de los dirigentes, la elite de los grandes propietarios rurales catalanes, es subrayada y detallada en el texto: aristócratas, rentistas de grandes patrimonios, burgueses agrarios integrados en el mundo del comercio y de la industria, con formación jurídica en ciertos casos, dirigentes de otras asociaciones agrarias, con experiencia en la gestión del poder local, provincial o en la administración estatal, y diputados en las Cortes. Su relación con el catalanismo, y ya en el siglo XX, su identificación con la Lliga Regionalista, abandonando anteriores preferencias por el Partido Conservador, explica la enorme influencia social, política y económica que adquirió el Instituto a pesar de sus protestas de apoliticismo. La adecuación de la gestión del Instituto a las demandas de los nuevos tiempos tuvo reflejo en la designación en 1908 de Jaume Maspons i Camarasa (Planas, 1994), para dirigir la Secretaría general, a cuyo frente estuvo

veinticinco años, durante los cuales se pusieron en marcha diversos servicios de interés. A partir de entonces destaca la creciente atención a los conflictos que de forma generalizada se desarrollaban en el ámbito rural. En los años veinte y treinta la respuesta de clase del IACSI fue rotunda en la defensa de los intereses patronales y el bloqueo de cualquier intento de reforma de las estructuras agrarias. La aguda crisis social atrajo a sus filas a buen número de pequeños propietarios, dando un auge desconocido a la asociación.

Por otro lado, la *Unió de Rabassaires* estaba en 1922 organizada, cuando la efervescencia social y el auge de las reformas agrarias bullían en Europa. La reacción del IACSI ante la eventualidad de cambios legislativos que afectaran a la propiedad agraria fue netamente contraria a la posible redención de la *rabassa morta*. La llegada de la República en 1931 acentuó los posibles peligros para la gran propiedad agraria y siguió atrayendo a otros propietarios de las cuatro provincias catalanas, particularmente de la de Barcelona, asustados por la legislación social agraria progresista. Con todo, a partir de 1932 la creciente organización de la *Unió de Rabassaires* y el surgimiento de la *Unió de Sindicats Agrícoles de Catalunya* restaron fuerza al IACSI, máxime cuando éste se enrocó en la defensa cerrada de la patronal abandonando cualquier veleidad de organización interclasista. Esto le enfrentó al Gobierno de la Generalitat, provocando una fuerte crisis interna en la asociación que derivó en la búsqueda del apoyo de la CEDA para la defensa de los intereses agrarios y en la

formación de Acció Popular Catalana, cuyo núcleo dirigente estaba poblado de miembros de la Junta Directiva del IACSI. El enfrentamiento era para entonces muy agudo entre propietarios y campesinos. Con el fracaso del golpe de estado faccioso y el inicio de la guerra civil en 1936, la hegemonía del gran propietario que había presidido durante décadas las relaciones sociales en el campo desapareció, dando paso a un proceso de revolución social que desarticuló al IACSI.

Después de haber subrayado algunas de las cuestiones de interés no queda sino concluir que esta monografía sobre el asociacionismo de los grandes propietarios agrarios en Cataluña cubre con todo merecimiento el hueco hasta ahora existente en el conocimiento de las grandes fuerzas

sociales y económicas catalanas contemporáneas. Se añade de este modo a la abundante bibliografía que sobre la historia rural del primer tercio del veinte ha ido publicándose durante estos años, cuya nómina de autores (entre otros, Pan Montojo, Caminal, Puntas, Lana, Rey Reguillo, Pomés, Mayayo, López Estudillo, Gavaldà, Garrabou, Congost, Cruz Artacho o Sanz Lafuente) es a todas luces relevante.

Emilio Majuelo Gil

Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

REFERENCIAS

PLANAS, J. (1994): *Catalanisme i agrarisme. Jaume Maspons i Camarasa (1897-1934): escrits polítics*, Vic, Eumo Editorial.

Xavier Castro Pérez

A la sombra ejemplar de los parrales. Cultura del vino en Galicia y otros espacios peninsulares

Gijón, Trea · 2006 · 399 p.

Los historiadores nunca hemos tenido el monopolio del saber acerca del pasado, como tampoco lo han tenido los teólogos sobre la experiencia religiosa, los sociólogos sobre el cambio social o los economistas sobre cómo lograr el crecimiento económico. Todos los especialistas en ciencias humanas y sociales nos dedicamos, con el desigual bagaje de nuestra capacidad intelectual y de nuestras posibilidades de trabajo, a buscar respuestas a preocupaciones propias y de nuestros conciudadanos inmediatos. Respuestas que son

no sólo provisionales sino históricas, dependientes de temas, modas y mitos que pasan como pasan los que les dan forma. También es cierto que en esa tarea algunos historiadores, o filósofos o teólogos o economistas, son capaces consciente o inconscientemente de crear conceptos o herramientas potentes, llamados a perdurar, a servir más allá de su tiempo, como fuente de inspiración para generaciones sucesivas a la hora de hacer frente a sus preguntas. Pero incluso el canon de los clásicos se renueva: cada generación rescribe la lista de